

## ITINERARIO, PRESENCIA Y ESCRITURA EN *EL JARDÍN DE LOS VIENTOS* DE LUIS ALBERTO AMBROGGIO

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO<sup>1</sup>

**E**n *el jardín de los vientos*<sup>2</sup> es la obra que comprende toda una larga vida dedicada a la escritura del poeta de origen argentino, pero residente en Estados Unidos, Luis Alberto Ambroggio. Para situar la lectura de su poesía resulta revelador partir de estos datos, que desde sus comienzos la cincelan: primero su origen argentino, y luego su larga residencia en Estados Unidos desde 1967, donde prosiguió estudios de maestría y doctorado en Ciencias Sociales. En este contexto surge y se consolida su empeño de escribir en español en un lugar nada propicio, así como también su preocupación por los temas del bilingüismo y la identidad referidos a ese medio en que vive. Ambroggio es quizá el poeta más importante de los que escriben en español en los Estados Unidos. Ha obtenido múltiples reconocimientos y desde 2011 es miembro numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

<sup>1</sup> Catedrática de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca. Anteriormente, fue profesora de la Universidad de La Laguna en las Islas Canarias. Es autora de más de un centenar de artículos acerca de las literaturas cubana y venezolana, así como de poesía y prosa contemporáneas. El presente trabajo fue leído en la presentación de la obra de Luis Alberto Ambroggio el 21 de abril de 2015 en la Sala de la Palabra del Teatro Liceo del Ayuntamiento de Salamanca.

<sup>2</sup> Luis Alberto Ambroggio, *En el jardín de los vientos. Obra poética (1974-2014)*, New York, Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2014. Introducción de Carlos E. Paldao y Rosa Tezanos-Pinto.

Lo primero que resalta al emprender la lectura de sus libros secuencialmente, gracias a este volumen que los compendia, es el despliegue de una serie de temas que hacen que su poesía sea única y personal, surgida de vivencias y experiencias que apuntan con fuerza desde el epígrafe que abre el libro, tomado de un poema propio, “Vejez”, de *Los habitantes del poeta* (1997), que anticipa el tema central de su palabra poética: la fugacidad de lo temporal, el conocido *tempus fugit*, que ha sido, y sigue siendo, preocupación esencial de la poesía de todos los tiempos. En la obra del poeta argentino, la vorágine temporal arrebató el pasado, el presente y el futuro y los hace dialogar en el lugar imaginario donde la palabra actúa: “Ya no cuento los años / sino el tiempo, las épocas fugitivas / para encarcelar de una vez por todas / las cenizas, / desnudar el aire de mi presencia, / contar la historia de amor / como ave de otra estación, / vestir la nostalgia del futuro que / fuera, / así me encuentro vivo, / en el jardín de los vientos” (8 y 343). Vientos que concitan esos lapsos temporales y que conjuran la muerte justamente con el hacer de la palabra.

Se abre el volumen con un primer poemario de 1987, *Poemas de amor y vida*, que según expresan acertadamente los autores del prólogo, Carlos E. Paldao y Rosa Tezanos-Pinto, evidencia aquella “impronta sentimental de las primeras búsquedas” que sin embargo pronto va cediendo, en poemarios posteriores, a “la troquelación de un lenguaje concebido como instrumento de meditación acerca de la condición humana y sus circunstancias” (11), siempre en la conciencia de su precariedad y proyectándose hacia una búsqueda del sentido de ese tiempo que atrapa todo lo vivo. Hay un aspecto que llama la atención en su poesía, y es cómo el poema surge aquí y allá, en todos los lugares del mundo, acompañando al autor en sus desplazamientos por distintos escenarios: ciudades, aeropuertos, en la tierra original y propia en su retorno, pero también en el lugar en el que vive, en los momentos de la espera y las fugacidades varias que propicia su vivir. Son poemas los de este primer libro de versos cortos, de mucha asonancia, de ternura y nostalgia familiar, de salvación por el amor, pero también se introduce el verso largo, como en el titulado “Testamento” (34), en el que ya aparece la reflexión sobre la vida y la realización familiar. Si bien asoma circunstancialmente la crítica a las instituciones —como en “Burocracia” (35)— el tema esencial del poemario es amoroso, aunque transido por el paso del tiempo, expresamente abordado en textos como “Treinta cumpleaños” (38), entre otros.

Quisiera establecer ahora la distancia que media entre este libro y el último de los incluidos en el volumen, el titulado *Todos somos Whitman* de 2014, en la apreciación de los prologuistas el poemario “estética y filosóficamente más riguroso” y en el que “[c]ada uno de los cincuenta y dos poemas es construido en homenaje al poeta norteamericano Walt Whitman pero se convierten en un despliegue de la versatilidad lingüística e interpretación metafísica del poeta” (15). El homenaje, declarado en el título y reiterado en una traducción que enmarca todo el poemario y lo coloca bajo la advocación de Whitman, se despliega en la preferencia por el verso largo, convertido en andadura de lo que se puede denominar una épica latinoamericana, de sus raíces y las razones del canto. El manejo de la intertextualidad con el poeta norteamericano denota no solo su conocimiento del autor, sino también el entrañamiento de su poesía al recoger versos y sentidos; véanse por ejemplo “Las palabras” (848), “Jeroglífico del yo poético” (878), o “Corolario” (896). Libro nacido de la admiración a Whitman, sostiene un giro hacia una lectura propia que se despliega en tonos reivindicativos y jubilosos y en la apropiación creativa de técnicas como el paralelismo y la anáfora.

Entre estos dos títulos median varios libros, quince poemarios en los que podemos percibir como lectores el asedio a variadas temáticas que se manejan con igual acierto. Como ya se ha dicho, el tema fundamental del primer libro es el amoroso, pero ello no implica un inmovilismo temático: apunta ya en los textos de esta temprana serie una evolución que se percibe bien en otras posteriores; así en *Oda ensimismada* (1994) constituido por 66 poemas donde los momentos amorosos se enhebran en la insistente conciencia de finitud: “El amor alarga el mundo / en cada viaje de un instante casi eterno” (99). Y también: “Entiendo tu gesto, y hasta tu palabra, / pero no sé lo que me dices” (115), para avanzar: “He estado buscando un amanecer / para edificar mi alegría / momento a momento” (125). Porque esta es una colección que se resuelve en la interacción amorosa, en el reconocimiento del tú, aun en la conciencia del fin:

Cuerpo, me estás abandonando  
y te siento como dolor en los extremos.  
Alrededor me toca la muerte.  
Me asedian ataques de corazón, cáncer  
y amigos derribados (142).

Se advierte que los 66 poemas son como escalones o años de la vida en la convicción de que se avizora el final: “No me voy ni he llegado. / Me he vuelto camino / de polvo, piedra, aire, fuego./ desierto de plenitud poblado”; y “Tampoco me recoge un encuentro. / La vida no ha parado; / seguiré amando, soñando / con vuelos perdidos / entre frágiles espacios llenos” (146). Pero este tema amoroso culmina en un poemario posterior, *Cuando el amor se escribe con Alba*, ya de 2007, en el que se profundiza aun más en el descubrimiento de ese otro dialogante mediante el sortilegio del amor. La explicación y dedicatoria inicial nos indica el sentido: Se habla de “Enamorarse del amor”, de compartir hasta la misma palabra creada que pudo ser obra de ambos, “A mi alma gemela, a Alba, la diosa blanca [...] que compuso día tras día, con la ilusión de la existencia, la otra mitad de este diálogo” (535). No sorprende que en consecuencia una referencia intertextual intencionada sea el *Cantar de los Cantares*. Con esta intencionalidad, el primer poema marca el sesgo amoroso que se prolonga en los textos partiendo del poema inicial titulado “Prólogo: cuando el amor se escribe con Alba”, letra y gesto inicial, diálogo, Aleph, Alfa, apertura al mundo y al sentido que todo lo compendia. Siguiendo idéntica pauta la primera parte del poemario se denomina “Almas gemelas” en un gesto significativo (543,545), pero enseguida esa relación se instala en el itinerario del mundo, y asoman los poemas encuadrados por el apartado titulado “Trenes del amanecer”(557), como “Amor infinito” (565), para confluir en “Nuestro viaje” en una línea menos ensimismada y más dialogante: “Alba, ¿dónde se fueron las guerras, / las muertes, todo lo que niega la vida?” (573). Sin duda es esta también una relación marcada por la exaltación, de ahí que entre las “Celebraciones” aparezcan poemas de júbilo como “Brindis” (579) y “Día de acción de gracias”, aunque en el apartado subsiguiente el tema amoroso exija otros componentes como “El poema de los cuerpos”: “Ved el poema de los cuerpos, / el esbozo de multitud en sus líneas, / las alas de sangre, el sol negro, / los pasillos de seda, pieles unísonas.” (585); o amor y letra, amor y escritura, que alcanzan así una trascendencia en “Alfabeto de Dios”: “Alba, te sueño, / te escribo, te llamo / cada mañana por la mañana” (590) para terminar en el apartado “Síntesis”, con el poema compendiador “Ars Amandi”: “El amor es un sueño que sueñan dos. // Para celebrarlo a menudo / en el mar voraz de los cuerpos” (601) en una lograda intertextualidad que nos recuerda a Darío. Cierra con un “Epílogo” donde insiste en que “el poema está hecho

de palabras, no de ideas, con palabras que muerden, que tocan, que cantan, que copulan” (602). Todo este poemario conforma un único universo de gran coherencia que interactúa, se pertenece y nos pertenece por el despliegue en la escritura.

Puede entenderse prolongación o complemento del anterior en algún sentido *La desnudez del asombro* (2008), en el que asoman varias figuras femeninas y se acentúa el valor de lo corporal. Poemas significativos, entre otros, serían: “Te encuentro en la Maja de Goya” (608), “Marilyn Monroe” (611), “Lady Di” (612), “Carta a Cleopatra”, “Godiva” (615), “Casa de citas” (631). Son títulos que se deslizan hacia la carnalidad y el erotismo, sin eludir tampoco otros sentidos como la injusticia ejercida sobre la carne: la falta de respeto hacia el cuerpo, “Se llamaba n/n” (643), “Terrorismo” (646), o el impactante “Pagando por el pésame” que comienza: “Mi bala / te mató, niño iraquí, / camino a la escuela / porque mi soldado / creyó que tus libros, / en su maleta de colores, / eran una bomba” (668). Pero en todo caso el “Epílogo” (675), el gesto de cierre que Ambroggio suele incluir en sus libros, establece una imagen de “desnudez feliz y angustiada” en consonancia con el título.

La veta metafísica e introspectiva es una constante significativa en su obra y aparece pronto en sus versos. Tal vez se asiente en *Hombre del aire* de 1992 como un elemento axial que enseguida conecta con su convicción de que la palabra es el único instrumento humano. En un libro como *La muerte del tiempo* (2001) asoma con nitidez el tema de lo temporal, incluso al elegir como epígrafe inicial una cita de Antonio Machado: “¿Cantaría el poeta sin la angustia del tiempo?” (399), y un título como “Aniversarios” así parece refrendarlo en versos cuyo sesgo meditativo impregna de temporalidad a otros poemas:

No todos los otoños son los mismos  
ni el viento que cada año fustiga  
los colores hasta convertirlos polvo y suelo.

El amarillo sonrío y palidece  
se fragua el rojo en ardores y llantos.  
Son colores, el tronco queda (401).

Incluso “El álbum” (405) situado en Atenas, se convierte en reflexión sobre la cultura griega y el trascurso de lo temporal, como así también “Definiciones”, que pondera el desengaño del mundo y acaba concluyendo en sarcásticas observaciones (409).

Otro registro significativo de su poesía es el que se refiere a la denuncia en todos los frentes, desde el personal al colectivo. Ello puede ejemplificarse en la compilación titulada *Por si amanece...* (*Cantos de guerra*) publicada en 1997, una reflexión sobre la violencia que focaliza particularmente en el cercenamiento de los derechos de los latinos en EEUU. El libro muestra la universalidad de la violencia, en un arco que se tiende desde las escenas bíblicas, en poemas que evocan resonancias épicas o asumen tonalidades sálmicas, hasta la desigualdad y la discriminación contemporáneas ejercidas contra seres humanos empeñados en la búsqueda del sueño americano. Como bien señalan los prologuistas, un poema impactante de este libro es “El papiro de González” (313-314), un texto que se constituye en emblema del abandono, la soledad y la pobreza de muchos latinos en Estados Unidos. Es evidente que este poemario nos abre a también a otros temas como el exilio y la rebeldía frente al poder.

Una vertiente fundamental de la obra de Ambroggio es la reflexión sobre la escritura y la palabra poética, temas que aborda de manera recurrente en casi todos sus libros. Citemos en primer lugar *Hombre del aire* (1992) donde ya nos dice: “Yo escribo estos versos / para sembrar las estrellas” porque “Las palabras son la vida / y el agua de los tiempos” (61), para situarse el poeta como centro con esa metáfora que denomina el libro, reconociéndose como “Hombre del aire”: “Hombre del Aire” / me llamaron las musas / que bautizaron mi existencia/ con proyecciones misteriosas / y mágicas intuiciones” (61). Otros temas concatenados asoman, así la palabra superadora más allá de la muerte aparece en un poema como “Trascendencia”: “No te rías de mí, muerte maldita / con tu sarcasmo de calavera maquiavélica” para concluir el breve poemario con dos versos de intertextualidad quevediana: “Si mis huesos serán cenizas / mi alma se quedará en poemas” (63). Pero en esta reflexión acerca de lo que constituye el vivir del ser humano, otro libro de 2002, *El testigo se desnuda*, da un paso más, porque se pregunta por la escritura y se justifica en su labor:

¿Para qué escribo? Para crucificarme y resucitar luego como tierra húmeda e inocente. Para ser el último y el primero. Para detener de una vez el río en

la mano y beber agua. Para que quienes beban las gotas sepan que hay río. [...] Escribo para sembrar cenizas de colores en la soledad vasta y el gran silencio. [...] Escribo para repetirme hasta el olvido y recordarlo en cada verso. Y porque así el principio y el fin se tornan inagotables (429).

Claro que este optimismo también puede acarrear el desaliento en “Quehaceres del poeta”, poema un tanto desencantado sobre el trabajo con la palabra (458), sin olvidar tampoco el toque reivindicatorio en torno a la violencia en los impactantes versos de “Toque de queda”: “El general de los subdesarrollados / ordenó que no le molestaran // En realidad no tenía nada que hacer. / El general de los desarrollados / había acaparado todas las flechas” (457).

Pero quizá en el tema metapoético sea más significativo un libro como *Los habitantes del poeta* (1997), en el que el poema del mismo título aclara en su final el sentido: “En su fuga imposible / nunca está solo el poeta./ lo poseen voces / inasibles y punzantes, / lo consume el aroma fatal de su amada, / la palabra, esa divinidad salvaje que copula con espejos indisolubles” (320). Dos vertientes aparecen en sus textos; la centrípeta, que emerge en un poema como “Censo hispánico” (322) donde llama a la compañía de los que sueñan con esperanza una vida mejor en otro territorio: “Vine solo, señores, y quiero que sepan / ahora soy la tierra./ ahora soy la sangre ardiente de su mapa / abierto en otra cruda primavera”; y la centrífuga, mediante la cual el poeta observa en su salida hacia fuera el camino recorrido, los kilómetros de versos escondidos y enumera las experiencias positivas y negativas adquiridas por la humanidad: los campos de concentración, las agresiones de la segunda guerra mundial por parte de Alemania, pueblo en que se funden “la eternidad y la muerte”, la gran música y el holocausto (“Arte poética” 349). Bien se observa que la poética desplegada por el poeta Ambroggio a lo largo del tiempo se ha gestado en un caminar por el mundo, en un nutrirse de experiencias: “Soy un vagabundo bebiendo poesías, fábulas de leones tiernos” (351), pero también se ha nutrido de sus raíces italianas y de su mestizaje, “soy argentino / francés en una pierna / comerciante bohemio de América, masticando un inglés cortado” (352). Otra compilación, la titulada *Laberintos de humo* ya doblando el siglo, pues aparece en 2005, retoma los temas de la escritura y de la incertidumbre de su pervivencia: “Dicen que de los miles de poetas / apenas tres sobrevivieron / en la memoria de los siglos [...] ¡Cuántas palabras de sobra, /

Páginas, minutos, árboles cortados al vicio!” (“Por el vate que sobreviva”) (498); o un poema como “Otriedad” que puede incluirse dentro de los procedimientos de la autoficcionalización, pues el poeta se presenta y se reconstruye a sí mismo: “Luis Alberto, por decir alguien, es un hombre errante con ojos postizos” y “Respira mágicamente un aire efímero” para insistir: “Desde la lozana fidelidad de sus raíces / desteje voces y apellidos / mientras le da de comer migas de sol a las lágrimas del tiempo” (521-522). Es este un poema en el que se diseña con acierto la imagen propia proyectada hacia fuera como si se tratara de otro en un proceso de espejeo. En la misma línea reflexiva el “Epílogo” del libro concentra ideas, gestos, actitudes: “Con la palabra, los símbolos, el engaño de los versos, todos esos instrumentos juguetones, el poeta, la poesía, el ser humano, se crea, se define, se recrea y procrea la existencia, en lo que es, sin poderse tomar tan en serio.” (533).

En un escritor de tan prolongada trayectoria y de tanta dedicación poética no podían faltar las referencias intertextuales que son constantes en sus versos; así *Poemas desterrados* (1995), con intertextos de varios pensadores y poetas que se funden con las experiencias personales brotadas de la vida del autor en Estados Unidos y su identidad argentina y europea. Encontramos epígrafes de Octavio Paz y Rilke, y homenajes varios dedicados a Renoir (198), Juan Ramón Jiménez (199), Lorca, Nietzsche (210), y otros varios. Y en *Escape elemental* (1998) sigue convocando voces amadas, a Verlaine, Carranza, Darío, Cernuda, Huidobro, la Biblia. Hay varios poemas que hacen referencia a los poetas: “Poetas, pido que me acompañen” (376); y en “Pregónenlo, aviadores” (377) hace alusión a San Juan de la Cruz y a Timoneda. Nombres de poetas muertos pueblan el espacio verbal (“Ofrenda” 384) para terminar reflexionando en el “Epílogo”(397) sobre el valor de la poesía, en una época marcada por la cibernética, y en la que poesía, a pesar de todo, permanece porque el hombre es capaz de enternecerse, de crear una ilusión de una existencia distinta.

Estas mismas ideas, y otras varias aquí expuestas se concentran en el iluminador texto de cierre del volumen titulado “Post Scriptum” que hay que analizar con atención para desentrañar todo lo que hemos leído en el recorrido poético realizado:

Porque esto no es un museo, mi propia búsqueda vive aquí en los poemas, luz con la esperanza de que lleguen a un espacio, a un tiempo, a un ser



que comparta con sensibilidad y enardecimiento esa visión de la naturaleza humana, de las cosas, a su modo, y con suerte, muy diferente a la del autor. Mi fracaso se mitiga al provocar con la pasión lírica de mis connotaciones otra creación sobre la creación original persiguiendo siempre la creación ideal o sugerida de nuestra naturaleza misma, la verdad que nos define y se nos escapa, con la emoción y sabiduría imaginativas de la filosofía hecha poesía o la poesía con un suspiro filosófico (901-902).

Resulta evidente que la preocupación fundamental del poeta gravita sobre ese rompimiento de los límites y el deseo de llegar a comunicar mediante la palabra cuanto pueda romper la barrera del aislamiento humano. La vida se entiende como itinerario, pero también como presencia constante, como iluminadora insistencia que supera el vacío y el no ser, mediante el instrumento de la palabra.

